

creerlo ellos mismos. Lo propio sucede con nuestros falsos incrédulos; todavía están unidos, por decirlo así, con la fe que recibieron en el bautismo, la que circula con su sangre, y no se ha borrado de su corazón; pero la tienen por una especie de vileza, de que se avergüenzan, y á fuerza de decir que nada creen, á fuerza de asegurarlo y de preciarse de ello, se persuaden á que son incrédulos, y forman buena opinion de sí mismos.

Primeramente, porque esta deplorable profesion de la incredulidad supone un talento no comun, valentía y superioridad de espíritu, y una singularidad que agrada y lisonjea; pero las pasiones no suponen mas que excesos y desórdenes; y los hombres todos son capaces del desorden, pero no de aquella superioridad maravillosa que se atribuye la vana impiedad.

En segundo lugar, porque está tan apagada la fe en el siglo en que vivimos, que apenas se hallan hombres en el mundo, de los que se precian de talento y de alguna mas instruccion que otros, que no tengan por lícito el formar dudas y argumentos acerca de nuestros misterios, y de las cosas mas sagradas y augustas de nuestra Religion. En su presencia causa vergüenza el parecer fiel y religioso; estos son los hombres á quienes ensalza la pública estimacion, y á los que todos quieren parecerse. Algunos se persuaden que con imitar su estilo adquieren su talento y su fama, y les parece que seria dar público testimonio de flaqueza y poca capacidad, el no atreverse á imitarlos, ó á lo ménos á remedarlos. Oh vanidad pueril y miserable! Por otra parte, como han oído decir que algunos grandes hombres, famosos y muy estimados en su siglo, no creían, y como la memoria de sus talentos y de sus hazañas ha llegado hasta nosotros con la de su irreligion, se precian de seguir estos grandes ejemplos, reputan por grandeza de ánimo el no creer cosa alguna por parecerse á tan ilustres modelos; y siempre tienen en la boca sus nombres, como para darse un falso colorido, en que hay, mas bien que incredulidad, una vanidad ridícula y falta de talento; pues no hay cosa mas ruín y miserable que preciarse uno de lo que no es, y aparentar lo que no tiene.

Finalmente, porque por lo regular la compañía de los libertinos es la que nos hace hablar el idioma de la impiedad, queremos asemejarnos á aquellos á quienes nos unen los desórdenes y placeres, y nos avergonzaríamos de ser disolutos y parecer fieles en presencia de los testigos y cómplices de

nuestros desórdenes. El ser viciosos y creer, nos parece cobardía y vulgaridad; para que el desorden se haga un poco notable, es necesario añadirle la impiedad y el libertinaje, porque lo contrario seria ser nuevo en la disolucion, y es preciso serlo como un impío y un malvado. El temer el infierno y sus penas, se queda para los que no están bastante prácticos en los delitos: estas reliquias de Religion huelen á puerilidad; pero los que están ya algo adelantados en la disolucion, deben ser superiores á estas vulgares flaquezas. El que puede persuadir á los demas que ya no se halla en este estado, forma mejor opinion de sí mismo, se burla de aquellos que parece que temen, y aún les dice con un tono impío é irónico, como en otro tiempo la mujer de Job á aquel hombre justo: *Adhuc tu permanes in simplicitate tua?* (1). Es posible que aun hayáis de estar en eso? ¿Habéis de ser tan simples que creáis todos esos cuentos, con que os melian miedo, cuando erais niños? ¿No conocéis que esas son visiones de unos espíritus débiles, y que los mas hábiles que tanto se fatigan para persuadirnoslas, tampoco las creen? *Adhuc tu permanes in simplicitate tua?*

Oh Dios mio! ¿qué ruín y despreciable es el impío, que parece os desprecia con tanta soberbia! Es un cobarde, que os insulta en público, y os está temiendo en su interior; es un vano, que se precia de no temer cosa alguna, y no nos dice lo que está pasando en su corazón; es un impostor, que quisiera engañarnos, y no puede conseguir el engañarse á sí mismo; es un loco, que toma sobre sí todos los horrores de la impiedad, y no puede hallar en ella el infeliz consuelo que pretende; es un furioso, que sin poder llegar á la irreligion, ni calmar los temores de su conciencia, destierra de sí todo el pudor y toda la decencia, y procura preciarse de impío para con los hombres: qué diré por último? Es un hombre embriagado y sin juicio, que sacrifica la Religion que aún conserva, el Dios á quien teme, la conciencia que le inquieta, la salud eterna que espera, á la deplorable vanidad de parecer incrédulo. ¿Oh qué abandono de Dios, y qué abismo de furor y extravagancia!

Lo que yo quisiera, católicos, (hablo con los que aun guardáis respeto á la Religion de nuestros padres, y á esto se reduce el fruto de este discurso) lo que yo quisiera es, que conocieseis

(1) *Job. c. 3. v. 9.*



lo despreciables que son todos esos hombres que se tienen por de superior talento, y á los que tanto estimáis; que conocieseis por último, que la profesion de la incrudelidad, que casi pasa por gracia entre nosotros, es la mas ridícula, la mas cobarde y la mas irrisible de todas las cualidades del hombre; que conocieseis que esa ostentacion de impiedad, que la corrupcion de nuestras costumbres ha hecho hoy tan comun en las personas de ambos sexos, oculta las mayores vilezas é infamias, aún segun el mundo.

Primeramente, oculta el desórden, porque no se llega á ese estado hasta que el corazon está absolutamente corrompido, hasta que se vive habitualmente en los mas infames excesos; y si se conociera á estos hombres como en la realidad son, serian perpetuamente execrados por los demas.

En segundo lugar, la vileza. Se precian de filósofos y de un entendimiento superior, y son interiormente los pecadores mas viles, mas disolutos, mas cobardes, mas abandonados y mas esclavos de todas las pasiones, indignas del pudor, igualmente que de la razon.

En tercer lugar, la mala fe y el engaño. Representan un personaje fingido, parecen lo que no son, y al mismo tiempo que declaman tan altamente contra los justos, y que los tratan de hipócritas y engañadores, son ellos mismos los traidores y los hipócritas de la impiedad y del libertinaje.

En cuarto lugar, la ostentacion y la vanidad. Se precian de valientes, é interiormente están temblando, y al primer amago de muerte se hallan mas cobardes y tímidos que el pueblo simple. Dan á entender que insultan públicamente á un Dios, á quien interiormente temen, y á quien esperan aplacar algun dia. Carácter pueril y ridículo, y al que siempre ha mirado el mundo como el mas despreciable y vil de todos.

En quinto lugar, la temeridad. Sin tener ciencia ni doctrina, hacen de doctos en materias que no entienden; condenan á los mayores hombres que ha habido en todos los siglos, y deciden acerca de puntos importantes, en los que no han pensado, ni son capaces de pensar un instante con seriedad. Carácter indecente, y propio solamente de los hombres que en punto de honor nada tienen que perder.

En sexto lugar, la extravagancia. Se precian de dar á entender que no tienen religion, esto es, de ser unos hombres sin

fe, sin buenas costumbres, sin probidad, sin temor á Dios, y que de todo son capaces ménos de la virtud y de la inocencia.

En sétimo lugar la supersticion. Hemos visto á estos falsos incrédulos, que se niegan á consultar los oráculos de los santos profetas; consultar adivinos, y conceder á los hombres la ciencia de lo futuro que niegan á Dios; los hemos visto ceder á credulidades pueriles, al mismo tiempo que se rebelan contra la majestad de la Fe; esperar su elevacion y su fortuna de un oráculo engañoso, y no querer esperar su salvacion de los oráculos de nuestros Libros santos; y en una palabra, creer ridículamente á los demonios, al mismo tiempo que se preciaban de no creer en Dios.

Finalmente, lo mas deplorable es que todas estas circunstancias forman un estado, en que casi no hay remedio para la salvacion. Porque un impío verdadero, si es que le hay, puede ser herido repentinamente de Dios, y quedar como oprimido con el peso de la gloria y majestad, que blasfemaba sin conocerla; el Señor, usando de su misericordia, puede aún abrir los ojos á este infeliz, hacer que resplandezca la luz en medio de sus tinieblas, y manifestarle la verdad que impugna, solo porque la ignora; todavía se hallan en él algunas disposiciones para su remedio, porque hay rectitud y consecuencia, que si bien son en él principios de error y de ilusion, á lo ménos son principios fijos, y se podrá esperar que luego que conozca á Dios, se le rendirá tan de buena fe, como ha sido su enemigo ántes de conocerle. Pero los incrédulos de que hablo, casi no hallan camino por donde volverse á Dios; insultan al Señor que conocen, blasfeman de la Religion que aún conservan en sus corazones, resisten á la conciencia que en su interior está defendiendo la fe contra ellos mismos; por mas que la luz de Dios ilumine su corazon, solo sirve de hacer mas inexcusable la mala fe de su impiedad. Si fueran absolutamente ciegos, serian dignos de lástima, y seria menor su pecado, dice Jesucristo; pero aún ven, y por eso el delito de su irreligion es una blasfemia contra el Espíritu santo, que permanece siempre sobre sus cabezas.

Reparemos pues, católicos, con nuestro respeto á la Religion de nuestros padres, con un continuo agradecimiento al Señor que nos ha hecho nacer en los caminos de la salvacion, en los que todavía no han merecido entrar tantos pueblos y naciones; reparemos, vuelvo á decir, el escándalo de la incredulidad, tan

comun en este siglo, tan autorizado entre nosotros, y que habiéndose hecho mas atrevido por el gran número y circunstancias de sus secuaces, no está ya encerrado en las oscuras tinieblas en donde le detenía el temor, y se atreve á manifestarse casi á cara descubierta, desafiando en algun modo á la Religion del príncipe y al zelo de los pastores. Tengamos horror á estos hombres impíos y despreciables, que ponen su gloria en burlarse de la Religion que profesan; huyamos de ellos como de monstruos indignos de vivir, no solo entre los fieles, sino tambien entre hombres, á quienes el honor, la rectitud y la razon une entre sí. En vez de aplaudir sus impíos discursos, cubrámoslos de confusion con el desprecio de que son dignos. El mismo mundo mira como cosa muy vil é infame, deshonorar la religion en que se vive; y como cosa muy gloriosa y digna el preciarse de respetarla y defenderla, aunque sea con autoridad ó indignacion, contra los discursos de los necios que la impugnan. Quitemos á la incredulidad, despreciándola, la deplorable gloria que busca: si despreciamos á los incrédulos, serán muy raros entre nosotros, y la misma vanidad que forma sus dudas, las deshará ú ocultará, luego que entre nosotros sea oprobio el parecer impío y gloria el ser fiel. De este modo veremos acabar este escándalo, y glorificaremos todos juntos al Señor con una misma fe y con una misma esperanza de las promesas eternas. Amen.

PLÁTICA

SOBRE

LA PALABRA DE DIOS.

(DE CHEVASSU.)

Est autem hæc parabola : semen est verbum Dei.

Es pues esta parábola : la semilla es la palabra de Dios.

S. Luc., c. 8, v. 11.

Entre todas las parábolas del Evangelio, ninguna encuentro, ni mas clara, ni mas circunstanciada que esta. En ella Jesucristo nos habla de una semilla que se siembra en un campo; y preguntándole los apóstoles, qué queria significar con esta parábola, les respondió, que la semilla es la palabra de Dios recibida en el corazon del hombre, y por la diversidad de tierras en que se siembra esta semilla, les hace ver muy por menor el bueno ó mal uso que se hace de su palabra. Una parte, dice, de esta semilla cayó á la orilla del camino, y fué pisada ó comida por los pájaros del cielo, otra cayó en una tierra llena de espinas, que confundiéndose con ella la sofocaron; la tercera cayó sobre piedra, y no hizo mas que nacer y secarse; la última en fin cayó en buena tierra y dió su fruto al tiempo correspondiente.

Esto mismo, dice Jesucristo, sucede á la palabra de Dios. Es como una semilla que cae, ya á la orilla del camino, es decir, en unos corazones disipados de donde el demonio la quita; ya entre las espinas, que significan las inquietudes y solicitudes del siglo, que la sofocan é impiden no dé el debido fruto; ya en un terreno pedregoso, que representa aquellos corazones endurecidos en que esta divina semilla no puede echar raíces. Sola la buena tierra, quiere decir, los que oyen la palabra y la reciben en un corazon bien dispuesto, dan fruto á su tiempo, unos mas, otros ménos á medida de su buena disposicion. Penetra-